

El trimestre musical en Figueras

Va continuando en Figueras el rescoldo del arte de los sonidos; reavivándolo, la asociación de Música presentó en marzo a la Orquesta Femenina Isabel de la Calle, doblemente simpática por ser amateur, y por la excelente voluntad de sus componentes, que les ayuda a llegar a interpretaciones estimables. Los que al concierto asistieron, predispuestos al comentario indulgente, pero con cargas negativas, no tuvieron demasiados motivos en que basarlas, pues el programa se desarrolló sin tropiezos, sin desfallecimientos, y en realidad en forma aceptable, y su primera parte (el Concierto en sol menor de Corelli), fue la mejor lograda, por el conjunto de soporte armónico y por el agradable timbre conseguido por las solistas Margarita Garay, Pilar Sellés y Conchita Verdaguer, *muy adecuado a la transparencia, sencillez y espontaneidad del autor y su época*. En la tercera parte, figuraba una muy asequible «balada» de De Gref, una de las «melodías elegíacas» de Grieg, y una obra de gran interés y claridad de intención: la «fantasía y fuga» del ampurdanés Luis Albert, que le acredita de buen conocedor de este difícil arte del desarrollo rígido de las voces y nos hizo oír un hallazgo sorprendente de un tema de alta calidad: elementos ambos que valoran extraordinariamente la obra, de no excesivas proporciones, justa, ritmada lo suficiente y de asequible matiz, que fue subrayado por una ejecución sobria de la orquesta, a la que su excelente y atenta directora, Pilar Pérez Malla *que no se deja seducir ni por cerebralismos, ni por un exceso de sentimentalismo, contribuyó en gran medida*. Pero el auténtico «clou» de la sesión, fue la actuación de una pianista más que buena, M.^a Dolores Rossich, que hizo gala de su diáfano fraseo, su claro, enérgico y exacto mecanismo y de su envidiable ejecución, al darnos una agradable interpretación del primer concierto para piano y orquesta de ese tan característico romántico cuyo valor es cada vez más apreciado en la actualidad que es F. v. Mendelssohn. Figuraba en la parte central y fue de lo mejor logrado y lo que más favorablemente se comentó del concierto lo mismo que la gran clase de la solista.

Nada de lo que sucede en el mundo es ajeno a la música, con perdón por la paráfrasis: y decimos esto, porque anunciado un concierto de piano a cargo de una pianista norteamericana de origen polaco, con un muy interesante programa y que venía precedido de gran expectación, no pudo celebrarse porque algunas órdenes contundentes durante los sucesos de Argel, donde estaba dando un concierto, provocaron tal excitación nerviosa a la artista, que hubo de cancelar todo el resto de la tournée.

Otro buen concierto fue el que dio el «Ensemble Instrumental de Toulouse» también para la asociación de Música. Difícil para quienes ligen la música a los timbres acostumbrados en la cuerda. No es tarea fácil acercar al gran público a las peculiaridades de un conjunto de viento, en que exclusivamente actúen los bajos de tales embocaduras, aunque más asequibles, por más oídos, los que, como la flauta o el oboe se encarguen de exponer los temas principales, siempre diluidos habitualmente entre la cuerda; el experimento, aunque expuesto (ya que es importante que iniciado o no, el auditorio sienta satisfacción), vale la pena de ser hecho, y en este caso tuvo un rotundo éxito, al que contribuyó, valga el decirlo, la alta perfección artística de estos profesores del conservatorio de Toulouse, excelentes instrumentistas y sensibles músicos, que dieron el matiz exacto y la calidad justa a su programa muy original, de gran discreción, en cuya primer parte figuraba un quinteto de Mozart y otro de Beethoven, ambos de exquisita factura y que fueron dichos admirablemente por un conjunto de oboe, clarinete, fagot y trompa, sobre el tejido confiado del piano, más importante en el segundo que en el primero. Pero lo que más interesó y no dejó de ser una revelación de las excelentes posibilidades de este conjunto, fue la segunda parte en que figuraba un quinteto de gran interés algo desvaído de construcción, siguiendo el patrón de la independencia de temas, de Claude Arrieu. Una sonata para flauta y piano de Milhaud, buena y muy bien interpretada, y en especial un sexteto de Francis Poulenc, que alguien calificó de divertidísimo, y así fue de optimista, variada y luminosa la totalidad de la obra, inspirada y de temas sabrosos, poco profundos y excelentemente desarrollados. Interesante desde todos los puntos de vista, esta obra gana en calidad por la peculiaridad de los armónicos de los sonidos de estos instrumentos de viento, acierto que ha de sumarse a los muchos de este autor de tan variada producción.

A esperar ahora el próximo curso, ya que las sardanas por las calles, aunque merecen nuestras mejores simpatías, son manifestaciones musicales de especialización, y nuestras agrupaciones sardanistas tienen la palabra para el próximo trimestre musical en Figueras, si la densidad de aparcamiento de los vehículos de los variados turistas que nos visitan deja sitio para que se formen en cualquier esquina las elegantemente oscilantes, aritméticas y bellísimamente ritmadas ruedas de nuestra danza popular.

N. SALA